

La Fuerza de bombarderos estratégicos del próximo futuro

Por E. JACKSON

(De Royal Air Force.)

(Antiguamente, la expresión "estratégico" se aplicaba a tipos de aviones y de fuerzas aéreas, así como también a tipos de objetivos y operaciones. En este artículo se emplea este término como función del bombardeo a gran distancia.)

El objeto de la ofensiva.

El objeto de la ofensiva de bombarderos estratégicos puede ser considerado doble: uno es el bombardeo a gran distancia del potencial militar y económico del enemigo y el otro, el apoyo de nuestras propias fuerzas de superficie, o las de nuestros aliados, así sea sobre tierra o sobre mar.

Sin embargo, la mejor forma de apoyo es el bombardeo a gran distancia, porque sus efectos se dejan sentir en todos los teatros de la guerra, donde las fuerzas militares del enemigo se encuentren. Los ataques contra el gran centro de armamento de Krupp produjo efectos que se dejaron sentir en todas las armas de la máquina militar alemana. La destrucción de los objetivos relacionados con la construcción de submarinos dió un valioso apoyo a nuestras fuerzas anti-submarinas, marítimas. En estos dos ejemplos, y otros muchos que existen, el papel del bombardeo a gran distancia y del apoyo a las tropas estaban combinados de modo eficaz.

No así cuando consideramos el empleo de nuestros bombarderos pesados contra el movimiento ferroviario alemán en el norte de Francia, cuando se preparaba para la invasión de Europa, ni cuando se dedicaron tales aviones y aviadores para prestar servicio anti-submarino en el Atlántico. No se discute que esta aplicación de los bombarderos no fuera necesaria sino que no era una verdadera ofensiva de bombardeo, ni ayudó a su consecución, lo cual no puede negarse.

El párrafo inicial de las órdenes dictadas en Casablanca a los Jefes de Estado Mayor de los Mandos de Bombardeo inglés y americano, en enero de 1943, resume mejor el fin principal que se persigue con la ofensiva de bombarderos estratégicos: "Vuestro objetivo principal será la destrucción progresiva y la dislocación del sistema militar, industrial y económico y el socavar la moral del pueblo alemán, hasta un punto en que su capacidad de resistencia armada se debilite fatalmente". Esto fué precisamente lo que sucedió en los dos años y medio siguientes, y el momento culminante de la ofensiva de bombarderos se alcanzó durante el final de 1944. Ahora resulta oportuno preguntar, en caso de que se produjera otra guerra, si habría tiempo para montar una ofensiva de bombardeo progresivo. Esto sólo puede contestarse de acuerdo con las condiciones que prevalezcan en el momento dado.

Es muy probable que el tiempo requerido no sea tan grande como el que necesitó la Orden de Casablanca para llegar al punto máximo de la ofensiva en el año 1944, porque durante aquel tiempo no sólo hubo que preparar las fuerzas necesarias sino también la táctica, técnica y organización esencial para que realizaran su cometido con éxito. De los problemas que entonces se presentaron y resolvieron durante aquel período de desarrollo, hemos adquirido esos principios básicos que regirán, en alto grado, el empleo de las fuerzas de bombardeo en muchos años,

es decir, durante el tiempo en que los aviones pilotados realicen el papel de bombardeo a gran distancia.

Factores esenciales para que la fuerza realice su función.

Hay innumerables factores, grandes y pequeños, que son esenciales para la debida función de la fuerza y, consiguientemente, para el logro del objetivo que se persigue. Sin embargo se reducen en número cuando se tiene en cuenta solamente el objetivo principal. Hay que tener presente que algunos factores serán comunes, tanto a los objetivos principales como a los secundarios y que no pueden separarse. Los tres que damos a continuación son los que se consideran más importantes y los que ejercen mayor efecto en la perfecta ejecución de la misión de bombardeo a gran distancia.

Economía de fuerzas.

Es de conocimiento corriente que toda Europa participa y ello nos atañe también a nosotros, en una inmensa lucha por ajustar su vida económica y hacerse independiente de la ayuda prestada por el hemisferio occidental. Nuestros esfuerzos máximos se dirigen a las esferas de producción y no podemos gastar más en nuestras fuerzas militares que lo que es absolutamente necesario.

En tiempo de paz no hay democracia que gaste una gran parte de su riqueza en preparativos para una guerra hipotética. Pero aunque en este aspecto no podemos escapar a una economía negativa, es la economía positiva la que tiene suprema importancia. De lo que tenemos que preocuparnos es de economizar la fuerza por medio de la calidad, movilidad, flexibilidad y selección de objetivos, y otros muchos aspectos similares.

Es cierto que nosotros, no nuestros aliados, no nos pondremos nunca en el camino de la política internacional agresiva, y por eso cualquier guerra en que podamos vernos envueltos será el resultado de una agresión contra nosotros, o contra una coalición de potencias a la que podamos pertenecer. La declaración formal de guerra, antes de comenzar las

hostilidades, ha pasado a la historia, y la primera indicación de tal ocurrencia será el movimiento de fuerzas militares contra nosotros. El elemento sorpresa estará siempre de parte del agresor, dándole la ventaja, y al principio nuestras fuerzas armadas estarán a la defensiva, en el sentido estratégico, aunque se persiga una política ofensiva siempre y donde sea posible.

El bombardeo a gran distancia por medio de una fuerza de bombarderos tiene la característica única de combinar la ofensa con la defensa, quedando esencialmente a la ofensiva. No cabe duda que esta fuerza será pequeña al comienzo de las hostilidades, y que las demandas que se le hagan serán muchas y variadas y mucho más allá de lo que es capaz de realizar, es cosa igualmente manifiesta. Además, si se atendieran estas exigencias reducirían nuestra fuerza como nación con la que hay que contar, reduciéndola a la impotencia. No tenemos que realizar, como al empezar la última guerra, una diseminación de nuestro esfuerzo sobre muchos sistemas de objetivos, consiguiendo el resultado de que no se había realmente eliminado ninguno de ellos. Con la pequeña fuerza de que se disponga sería suicida. Tenemos que atacar aquellos objetivos que ejerzan el mayor efecto sobre las posibilidades que el enemigo tenga de hacer la guerra. Como se ha dicho en un artículo reciente: "Si queremos ser fuertes en todas partes, no lo seremos en ninguna..."

Buena información.

La importancia de un análisis correcto de los distintos sistemas de objetivos y la selección de los que sean apropiados para el ataque, sólo puede hacerse por medio de una buena información referente a las posibilidades industriales, financieras y militares del enemigo. Sólo por estos medios puede el Poder Aéreo tener éxito en su aplicación como fuerza de bombarderos estratégicos. En tiempo de paz las fuentes de información son muchas y variadas, y proceden principalmente de aquellas gentes cuyas ocupaciones diarias los relacionan con ese país. Los departamentos estatales también adquire-

ren mucha información útil, como la puede adquirir también el viajero o el que visita casualmente el país de paso. Pero al estallar la guerra aparecen dificultades casi insuperables que restringen la recepción de esta información, aunque aparecen otros nuevos medios por medio del reconocimiento aéreo.

Por consiguiente, es en tiempo de paz cuando existen las mayores oportunidades para recoger el valiosísimo conocimiento del que dependen las distintas situaciones de los momentos iniciales de una guerra. De ellos se elegirán aquellos sobre los que se han de basar las acciones posteriores. Y resulta imperioso reconocer el hecho de que tienen que ser los adecuados; no podemos permitirnos el lujo de equivocarnos, porque ello bien pudiera significar la derrota y el verse sometidos a un terror hasta ahora desconocido y durante un período de tiempo imposible de calcular.

La información relativa a los artículos más importantes es probable que no venga de una sola fuente, excepto en caso de suerte. Lo más probable es que se obtenga de muchos trozos de información de distintas procedencias que, por sí, no significan nada, pero que ensamblados, comprobados y seleccionados dejan ver su importancia. El núcleo de nuestra organización de información actual se considera capaz de llevar a cabo aquellas funciones de las que dependerá lo acertado de nuestra acción. No tenemos que perder la primera batalla: si la perdemos, el resultado puede ser desastroso.

Seguridad de la base.

Se ha dicho ya que al bombardear a gran distancia el poderío industrial de un enemigo, el bombardero es esencialmente ofensivo, y al hacerlo así, es también un medio de defensa. Esto se lleva a cabo forzando al enemigo a desviar cada vez una mayor proporción de su potencial de guerra, en material, potencial humano y equipo para la defensa de los sectores amenazados, no sólo en una defensa activa, sino también pasiva. Esto, junto con los demás problemas de organización, de administración y de mando a que da lugar, ejerce el efecto de reducir el esfuer-

zo máximo posible que su ofensiva pueda alcanzar.

Para que la fuerza de bombarderos pueda operar con su máximo poder, es necesario que las bases se encuentren relativamente libres de ataques enemigos. No sirve de nada enviar aviones a cumplir una misión si cuando regresan se encuentran con que sus bases ya no pueden servirles para nuevas operaciones. La superioridad aérea local debe quedar asegurada desde un principio y mantenerse y ampliarse a medida que se va celebrando la batalla. El grado necesario de superioridad aérea no se logra sólo por medio de cazas, sino mediante los esfuerzos combinados de todos aquellos elementos que constituyen las fuerzas de la defensa aérea de la nación. En este caso, también el bombardero sirve de ayuda para lograr la superioridad aérea, obligando al enemigo a emplear una proporción cada vez mayor de sus aviones de caza en la defensa de la patria.

Para que las fuerzas de la defensa aérea puedan actuar con eficacia, tenemos que enlazar con ellas un sistema de alarma previa, estrechamente unido a uno de control. En este aspecto el advenimiento de los aviones de gran velocidad con vuelos a gran altura ha dado lugar a enormes problemas en cuanto a poder registrar su presencia inminente antes de que el objetivo se vea atacado. Actualmente sólo puede asegurarse un sistema de alarma adecuado, que nos permita el tiempo debido, estableciendo los artilugios necesarios lo más alejados posible de nuestras bases. Tenemos que tener presente que hay una distancia mínima para poderlos situar, y que la reducción de ese espacio sólo significa que la eficacia de nuestras defensas se verá reducida e incluso que puede ocurrir no lleguen a funcionar.

En cualquier guerra futura, continental, el Reino Unido volverá a ser una vez más una gran base militar, como lo fue en la guerra pasada. Dependerá también de las mismas líneas de comunicación que estuvieron a punto de cortarse por la acción de los submarinos enemigos. El submarino moderno, capaz de recorrer sumergido durante mucho tiempo grandes distancias a mucha velocidad, ha

hecho oscilar la balanza del poder de la guerra marítima a su favor, y hay que inventar unas contramedidas nuevas y mejoradas para combatirlo. Nuestras fuerzas marítimas, en las que están comprendidos elementos aéreos, así como navales, tienen que ser adecuadas para poder contrarrestar una campaña antisubmarina intensa que tienda a neutralizar la base cortando sus comunicaciones de importancia vital. A falta de nuevas y mejores contramedidas, los aviones, como medio de ataque antisubmarino, se harán cada vez menos eficaces a medida que el desarrollo de los submarinos vaya en aumento.

En la última guerra, más de la mitad de los submarinos alemanes fueron hundidos por aviones aliados, y en este aspecto la adaptación del bombardero pesado a esa labor era de gran valor, especialmente en las batallas del Atlántico en 1942 y 1943. Hay que darse cuenta de que el bombardero moderno es probablemente incapaz de adaptarse a ese papel.

Al proporcionar los medios para la seguridad de la base se ve que el aeroplano juega un papel importante. Al ser así, se impone un debido equilibrio entre las necesidades defensivas y ofensivas, que habrá de resolverse y mantenerse en todo momento. La proporción de nuestros recursos disponibles destinados a cada papel debe ser el debido. Porque el no ser así supondría abandonar el principio de la economía de la fuerza, que será tan importante en otra guerra, especialmente en las etapas iniciales. Según palabras del Jefe del Estado Mayor, en una conferencia dada en la Royal Empire Society: "En esta última guerra la situación aérea no estuvo a salvo hasta que la guerra aérea desapareció de nuestros cielos y hasta que la Batalla de Inglaterra no se convirtió en la Batalla de Berlín. En cualquier posible guerra futura será vital, más que nunca, que la batalla aérea se aleje todo lo posible de nuestros cielos." La ofensiva de los bombarderos puede hacer que así sea.

Características de la fuerza.

Para que la fuerza de bombarderos estratégicos pueda operar con éxito tienen que darse una serie de características especiales que serán indispensables para su

actuación. Las que siguen a continuación son las que se consideran más importantes, aunque hay que insistir en que no son las únicas.

Operación con cualquier clase de tiempo.

No cabe duda que esto es de suprema importancia y que ningún bombardero o fuerza aérea deberá verse obligado a permanecer en tierra a causa de las condiciones meteorológicas. Todas las demás características que la fuerza pueda tener quedan subordinadas a ésta. No sólo debe ser capaz de operar cuando se trate de tiempo "local", sino también con cualquier clima que oscile desde las condiciones tropicales a las del ártico. Para hacer frente a estas variaciones será necesario llevar a cabo una gran investigación, tanto en los proyectos de avión como en el equipo auxiliar de tierra y aire.

De una importancia pareja a la proyección de aviones es el poder contar con dispositivos de recalada de largo y corto alcance y con medios auxiliares para el aterrizaje. La densidad del tráfico a que estos medios han de atender será grande, haciendo que el factor tiempo empleado por un avión en descender desde su altura de operación, que puede muy bien ser de 60.000 pies (18.000 metros) hasta un aterrizaje completo realizado con éxito, esté reducido al mínimo que las restricciones técnicas y fisiológicas permitan. Para conseguir esto, las ayudas de que se eche mano deberán ser esencialmente automáticas y totalmente independientes de la cooperación del piloto, permitiendo de este modo que la organización de tierra marche sin obstáculos gracias a la reducción del número de vías de comunicación, de personal y de equipo que haría falta si no fuera así, y que de existir reducirían el ritmo a que pudieran utilizarse los medios auxiliares en vigor.

Sin embargo, no hay mecanización capaz de hacer desaparecer la necesidad de contar con la habilidad humana en el manejo del aparato para que éste se mueva en tierra, y entre la base y el objetivo seguirá estando controlado por un ser humano que vaya dentro de él. El momento en que esto no sea ya necesario, anunciará el advenimiento de la guerra "automá-

tica". Como el coste del bombardero moderno puede llegar a ser de 500.000 libras, cualquier reducción en la proporción de gastos superfluos producidos por error debido al piloto asume una situación de no pequeña importancia. No cabe duda de que esto sólo puede reducirse mediante el perfeccionamiento del grado de habilidad humana alcanzada por el piloto, junto con los adelantos técnicos que puedan ser necesarios.

Capacidad de penetración.

Después de poder volar en cualquier condición meteorológica, es esta probablemente la característica más importante que una fuerza de bombarderos, moderna, tiene que adquirir. Sin ella, el Poder Aéreo no podría emplearse contra los centros vitales del enemigo. En este aspecto nuestra mente se vuelve a estudiar la autonomía de los aviones, y aquí es donde conviene reconocer la diferencia entre autonomía "teórica" y alcance "operativo". El primer término puede decirse que es la distancia máxima que puede volarse con el aire en calma con toda la carga de combustible y con el peso máximo total, sin tener en cuenta factores tales como: la puesta en marcha, rodaje, despegue, subida hasta la altura de operación óptima, el efecto del viento, las inexactitudes de navegación y mal uso del motor, junto con los factores imprevistos, tales como maniobras de combate, fallo de la presión de la cabina, fallo del motor, etc. Tal como es sólo puede tratarse de un cálculo hecho en el papel, que en caso de tratarse de aviones propulsados por reactores puros, puede verse reducido hasta un 40 por 100 cuando se tiene en cuenta esa serie de factores que antes se ha pasado por alto. El alcance "operativo" puede decirse que es el que nos queda después de que se ha dado margen para los factores anteriormente citados.

El radio de acción, o radio de "ataque", sería en la mayor parte de los casos ligeramente menor que la mitad del alcance "operativo", aun cuando la fuerza pueda partir de una base situada en un sector de operaciones y llegar a un destino situado en otro sector; cualquier objetivo comprendido dentro de su autonomía

"operativa" puede ser atacado. Una autonomía "operativa" impresionante implica el volar sobre grandes porciones de territorio enemigo, y cabe esperar una proporción de pérdidas mayor sin tener en cuenta la eficacia de las contramedidas enemigas. Esta proporción de pérdidas puede reducirse de dos maneras: primero, reduciendo el período de tiempo en que el avión está sometido al peligro de un ataque (aumentando la velocidad del aparato), y en segundo lugar, disponiendo lo antes posible de medios con que responder a las contramedidas enemigas. Esto sólo puede hacerse por medio de una buena información, ya que la iniciativa radica exclusivamente en el enemigo respecto a cual va a ser el tipo de contramedidas que va a adoptar y cuándo las va a emplear. Tenemos que estar preparados para cuando las use, y hay que contar con las anti-contramedidas, en reserva, antes de que haga falta utilizarlas en las operaciones.

Precisión del bombardeo.

La necesidad de que la fuerza de bombarderos sea capaz de operar con éxito, sin tener para nada en cuenta el tiempo que haga, es decir, volando con visibilidad "cero-cero", hace resaltar la importancia de contar con unos medios adecuados para poder disparar las bombas sobre el objetivo de modo que no haga falta hacerlo por medio de la visión humana. A la altura desde la cual cabe esperar que el bombardero moderno deje caer sus bombas, es posible que no haga otra cosa que identificar visualmente la zona general, dentro de la cual puede encontrarse el objetivo. Durante la noche ésta será la realidad en la mayoría de los casos, y si es así, las técnicas de bombardeo serán probablemente las mismas para el día que para la noche. Al llevar a cabo el papel de bombardeo a gran distancia, los objetivos que han de ser atacados estarán en su mayoría lejos del alcance de los dispositivos de bombardeo a ciegas con base en tierra situados en territorio amigo. Si se depende de estos artilugios en las primeras etapas de las hostilidades, puede dar por resultado que sean capturados por las fuerzas de superficie enemigas y después se empleen contra nosotros. Sólo después

de que el territorio pueda ser defendido y mantenido por nosotros sería aconsejable confiar en la ayuda que puedan prestarnos.

Será necesario que los aviones lleven consigo un aparato para bombardeo a ciegas, que fuera independiente por completo de la organización de tierra en el empleo que se haga del mismo durante las operaciones.

La presencia de un objetivo de precisión dentro de un sector edificado presentará, al ser elegido para el ataque, un problema difícil en su identificación y destrucción. La experiencia ha demostrado que la destrucción, nada más que por el afán de destruir, viene a ser como una piedra de molino atada al cuello del vencedor, que le ha de costar muy caro cuando terminen las hostilidades.

El tipo de objetivo que hay que someter al ataque regirá en alto grado la elección que haya de hacerse de la bomba que se emplee contra él, y es muy improbable que se utilice una bomba cuya caída se haga libremente. Hay que esperar que se empleen proyectiles dirigidos hacia el objetivo, ya por medios mecánicos o manuales, y en este aspecto resulta interesante tener en cuenta los adelantos hechos por los Estados Unidos, que han culminado en la declaración de que ha sido perfeccionada una bomba dirigida que pesa 12.000 libras. En las pocas ocasiones en que esa arma fué utilizada por los aliados en la última guerra se reconocieron sus posibilidades; pero debido a lo limitado de su empleo, no se sacaron conclusiones respecto a su eficacia.

El empleo de la energía nuclear como poder explosivo de la bomba se da por supuesto. Si se ha de emplear o no dependerá de que se cuente con métodos más baratos y más sencillos de producción y de la importancia del objetivo que haya que atacar. Es muy probable que un beligerante pueda recurrir a su empleo indistintamente en el momento en que empiezan las hostilidades con la esperanza de dejar "knock-out" al contrario; pero eso supone la imposibilidad de que el atacado pueda devolver el golpe. Es dudoso que las armas nucleares se empleen por los combatientes en todos los objetivos que hayan de atacar. Es más probable que

las utilicen contra grandes zonas industriales, puertos importantes y muelles, centros oficiales, administrativos y de comunicaciones y ciertas bases militares, navales y aéreas. No es posible seguir adelante con este asunto aquí, y sólo hemos bosquejado sus líneas generales.

La movilidad estratégica.

Los años de la postguerra traen consigo complicados problemas internacionales y económicos que han hecho destacar la necesidad de devolver la movilidad a la fuerza de bombardeo estratégico moderna. La movilidad de las fuerzas aéreas puede ser clasificada como táctica o estratégica, y aquí vamos a tratar de esta última. La facultad de moverse desde un sector a otro de operaciones se ha venido complicando más y haciéndose más lenta al aumentar la complejidad de las fuerzas aéreas. El gran coste económico de los aviones, armas y material moderno y la necesidad de hacer el mejor uso posible de las fuerzas disponibles para la defensa de la Commonwealth y de la Europa occidental ha hecho ver la necesidad de contar con una movilidad de primer orden.

Todo el mundo reconoce que el Reino Unido ya no constituye una base absolutamente segura para las operaciones, y que, por consiguiente, nuestras fuerzas combatientes tienen que estar preparadas para operar desde otras bases situadas en otros puntos, con una pérdida de tiempo inapreciable. Para que se pueda mover adecuadamente hay que contar con bases estratégicas en ciertas partes del mundo dentro de la Commonwealth o fuera de ella. Estas bases deberán estar equipadas con todos los aparatos necesarios que hagan falta para sostener una ofensiva de bombardeo durante un largo período de tiempo y deben estar en manos de un personal, "en síntesis", que pueda mantenerlas debidamente preparadas. El disponer de las fuerzas de defensa apropiadas y de los medios económicos para mantenerlas, será cuestión en la que probablemente hará falta una estrecha cooperación entre la Commonwealth y los aliados. Con la noticia recientemente comunicada de que los miembros de la Unión Occidental y del Pacto del Atlántico están dispuestos a

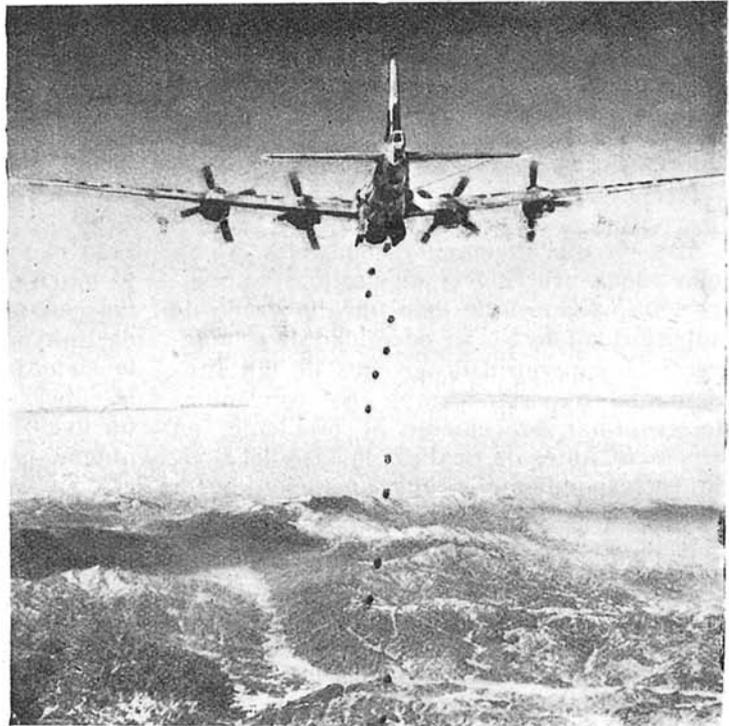
constituir sus propias fuerzas militares, se ha dado un gran avance en este aspecto.

Los adelantos técnicos en el proyecto de los trenes de aterrizaje de los aviones pueden influir radicalmente en la complejidad y coste de las bases, y el sistema oruga puede librarnos de la necesidad de tener que construir millas y toneladas de pistas de cemento armado que actualmente son indispensables para que los aviones de bombardeo puedan operar. El efecto de esto en la movilidad estratégica sería tremendo. A relaguardia de las bases tiene que haber centros industriales necesarios para su atención y fuerzas que los cuiden y operen desde ellas, de modo que la distancia sobre las que deben mantenerse, queda reducida

al mínimo. También sería necesario que los elementos de organización y mando dispongan y cuenten con oportunidad de ejercer sus funciones mediante el movimiento regular, en tiempo de paz, de grupos de bombarderos entre las bases estratégicas establecidas. Las actuales visitas de entrenamiento de los Grupos del Mando de Bombardeo al Oriente Medio, viene a ser un ejemplo de las normas a seguir.

Conclusión.

De este artículo puede deducirse el aspecto que van a ofrecer las fuerzas de bombardeo estratégico del próximo futuro, que hoy día se encuentra en su infancia y que va lográndose rápidamente. Puede ser una fuerza pequeña en cuanto a volumen y número, pero, sin embargo, puede ser una fuerza que influya en el rumbo de los acontecimientos internacionales, por el bien de la humanidad y para la consecución de la paz mundial. Esto sólo puede hacerse si es capaz de operar con eficacia y competencia para oponerse instantáneamente a la agresión, o a la amenaza de ella donde quiera que aparezca. Y esto sólo puede lograrse teniendo las



naciones amantes de la paz el deseo de unirse en cierta forma de organización internacional, que se esfuerce por lograr y apoyar la paz mundial y oponerse activamente a cualquier posible agresor.

En las Naciones Unidas tenemos una organización de este tipo en gran escala, que en los últimos años ha ido haciéndose cada vez más ineficaz y teniendo menos influencia en las cuestiones mundiales por la defección de uno de sus miembros más importantes. Pero, en otras partes, podemos ver una organización menor, regional, surgida por esta defección, que va cuajando en un Tratado de Bruselas y de la Unión Occidental y llegando a su madurez en una Alianza del Atlántico Norte, que, en muchos aspectos, ha hecho más por la paz mundial que su hermana mayor: las Naciones Unidas. Gracias al Pacto del Atlántico Norte y a otros acuerdos regionales que puedan crearse, se puede organizar una fuerza de bombarderos estratégicos, capaz de prestar su aportación definitiva en favor de la paz mundial y de la seguridad de la humanidad tan ansiosamente esperada desde hace mucho tiempo.